

En otra vida. “Melisa la intrépida”

Cuando era niño solía recorrer las calles del pueblo en bici, veía las puestas de sol con mis amigos, nos sentábamos en el castillo a observar como lentamente se hacía de noche y se iba el verano. Al cumplir los cincuentaicinco no tenía amigos, ni puestas del sol, pero tenía algo mejor, a Elí, mi esposa. Elí era la razón por la que salía a buscar leña todos los inviernos e iba a la playa todos los veranos, ella era mi razón de ser, mi luz, la quería como a nadie. Pero Elí murió hace dos años, hace dos años no me levanto de la cama, no busco leña, no voy a la playa... La extraño mucho. Nunca tuvimos hijos, porque nunca nos parecía un buen momento; tampoco teníamos muchos familiares o conocidos, solo éramos Eli y yo contra el mundo, y después fui solo yo, yo solo contra el mundo.

Solía ir a llevarle flores a Elí los domingos, todos los domingos, aunque los girasoles eran caros, no me importaba porque eran sus favoritos, hablaba con ella y me terminaba disculpando siempre por no haber sido un buen esposo. Muchas veces deseaba que hubiese sido al revés; aunque siempre me retractaba porque el dolor que sentía era tan horrible, tan inhumano, que no podía permitirme pensar que alguien más lo sintiera.

Con el tiempo me fui acostumbrando a estar solo, vivía en una pequeña casa a las afueras del pueblo, yo con mi escopeta, solo nosotros dos. Creo que la gente empezó a tenerme lastima, me veían como un anciano solitario y aunque en el fondo me ofendía, sabía que esa era la imagen que daba, pero con el paso de los meses dejo de importarme, al igual que deje de afeitarme o peinarme, preocuparme por comer o ir al doctor, deje de necesitar cosas y me deshice de ellas, como también me deshice de mi cordura.

Estar loco en un mundo de cuerdos, tal vez era mejor que estar cuerdo en un mundo de locos. Algo curioso de perder la razón es que no sabes que estas perdiéndola, solo piezas a ver fantasmas en tu sótano y hadas en tu desván.

Recuerdo que era martes, llovía mucho y hacia frio. Fui a mi habitación y tomé mi escopeta, sentí como Elí me susurraba: “Hazlo”. Y en un intento desesperado por recuperar la cordura, morí.

Pensaba que a partir de ahí todo sería oscuridad infinita, pero solo caí en un pozo de aguas negras y no sé como empecé a caminar por un largo pasillo, que cada vez se hacía más y más oscuro, no tenía miedo, hasta que me vi frente a un espejo que reflejaba mi cara deforme y observe como mi carne se desprendía de mí, no sentía dolor, no sentía nada. Seguí caminando, pero era más ligero, como si mi cuerpo ya no pesara tanto y al caminar me notaba más pequeño, hasta que vi una luz, una brillante luz, salí y no veía nada, gritos de dolor se desprendían de mi ser, al recordar mi rostro en aquel espejo, pero ya no sabía quien era o que hacía en aquel hospital, en los brazos de aquella mujer de pelo castaño.

Pase noches y noches pidiendo ayuda, extrañando a Elí, pero nadie me entendía, era absurdo, ¡acaso estaba empezando una nueva vida!, no comprendía que estaba pasando, solo lloraba y lloraba...

Con el paso de los días, iba olvidando quien era, como eran las cosas antes, mi memoria fue desapareciendo y solo quedaron algunas sensaciones escondidas en lo más profundo de mi cabeza.

Y ahora me pregunto ¿Quién fui?